

CRÓNICA TEATRAL

Arbeu. LAS FUNCIONES DE TINA DI LORENZO.—Fábregas. LA COMPAÑÍA DE OPERA.

El sistema materialista que todo lo atribuye á la naturaleza, ha dado origen á la errónea doctrina del arte por el arte y nada más, que practica en grande escala el realismo contemporáneo. Divorciado el arte del bello ideal, apenas mantiene consorcio con la belleza pagana de la forma. Esta escuela, cada día más exagerada, deléitase en la fiel reproducción de asuntos puramente repugnantes, exhibiendo, sin consideración alguna por la inocencia y la virginidad, lo que debía reservarse para el gabinete del psicólogo. Los objetos que corresponden á la patología moral, como las piezas pertenecientes á la patología de los hospitales, deben destinarse exclusivamente al estudio de las enfermedades humanas, porque, por su naturaleza, no pueden figurar entre las creaciones con que las Bellas Artes producen en el ánimo emociones nobles ó impresiones risueñas. La condición de verdaderas con que se pretende defender las obras del realismo, no las despoja de su carácter. La desnudez es cosa naturalísima para los hombres que yacen sepultados, por decirlo así, en la inocente barbarie de lo primitivo, pero es acción reprochada entre los hombres que viven en medio de una sociedad civilizada. Hay una verdad, ó una naturalidad indiscreta, si se quiere, que suele llamarse locura.

Esto no quiere decir que deben cerrarse las puertas del teatro á lo verdadero. Aún cuando entendamos que no es lícito presentar á los ojos del público una sábana manchada con la sangre descompuesta de una herida gangrenada, creemos que puede ser permitido, para producir ilusión en el espectador, mostrarle el manto imperial salpicado con la sangre de César. No hay punto de contacto entre la piedad que despierta la ceguera de Belisario, y el asco que causan las viruelas de Naná.

Las obras del realismo contemporáneo, derivación lógica del sistema naturalista, son frías y descorazonadas. El mal aparece en ellas como producto natural de la carne, como fruto de irremediable fatalidad, tal vez producido por la conformación del cerebro. Al verlas, los que las toman á lo serio, experimentan sin duda el pesar de haber nacido. Propinar semejante filosofía al escéptico de estos tiempos, equivale á hacerle apurar á grandes sorbos aquello mismo que le enferma, ó á conducir á un europeo del medio día, afectado de nostalgia, de Dinamarca á la Siberia.

Preciso es convenir, sin embargo, que las obras dramáticas del realismo moderno, seducen por la elegancia del estilo, el cual, en la generalidad de las que corresponden al teatro francés, brilla sobre el fondo cenagoso, como el rayo de la luna plena sobre el pantano. Comparábaselas alguna vez á las aves descompuestas que los cocineros parisienses hacen comibles, merced á la salsa exquisita

con que disimulan el tufo de la parte sólida de la vianda. El *sal-mi* es la forma irreprochable, es el diálogo castigado. Pero así como la higiene rechaza la absorción de los miasmas por la nariz, y la ingestión de sus causas por la boca, el padre de familia y el hombre que se preocupa de la higiene social, deben rechazar las bellas palabras con que se satura y disimula la mala doctrina.

No es necesario jurar que, cuando después de haber presenciado la representación de alguna comedia naturalista, asistimos á la de una de esas comedias en que un genio benéfico ha impreso sus huellas poderosas, experimentamos el mismo placer que debe sentir quien deja una exposición de oleografías para penetrar en alguno de los museos de Roma ó de Florencia, aunada al bienestar que sienten los pulmones al salir de un establo, y respirar en un campo francamente oreado por las brisas marinas.

Todas estas consideraciones nos parecen muy pertinentes ante el espectáculo, poco variado en ese sentido, por cierto, que desde principios del año se viene ofreciendo en nuestro primer coliseo.

Diez y seis distintas obras, con la de anoche, lleva hasta hoy representadas en el Arbeu la compañía italiana de Tina di Lorenzo, no habiéndose repetido ninguna en la noche y sólo tres de ellas *Zazá*, *Adriana Lecouvreur* y *María Antonieta* se han puesto en escena en las funciones nocturnas y también en otras tantas vespertinas.

El sábado antepasado, por enfermedad de Luigi Carini, se cambió á última hora la obra anunciada, que era *La Ráfaga*, por la comedia del célebre Scribe titulada *Batalla de Damas*. Esta obra aunque no es de las mejores de Scribe, sí es bastante ingeniosa como de un hombre que conocía profundamente los recursos del mecanismo teatral. En el papel de la protagonista hay, sin duda, escenas donde una actriz de talento puede lucir la flexibilidad de sus facultades; pero el conjunto de la comedia no está en condiciones de satisfacer hoy plenamente á los que buscan en las fábulas escénicas más intensidad de pasión, más variedad de accidentes, mayor interés y verosimilitud en todo. El pecado original de *Batalla de Damas* consiste en la monotonía de la intriga que desarrolla, la cual ofrece una misma situación repetida con variantes más ó menos ingeniosas desde el principio hasta el fin. Y como en la combinación de los acontecimientos, de igual suerte que

en el carácter de los interlocutores, abunda más lo convencional y artificioso que lo real y verdadero, la obra resulta desmayada y fría hasta en los momentos de mayor conflicto para las personas que intervienen en la acción.

La ejecución fué excelente por parte de Tina di Lorenzo. Todo el mundo ha celebrado el buen gusto con que la distinguida artista italiana sabe aderezar su interesante y hermosa figura, y hasta hoy no se ha desmentido á sí misma en ese punto, importantísimo en el teatro. Los trajes que vistió caracterizando con mucho acierto á la noble Condesa de Antreval, son ricos, bellos y de refinada



FABREGAS.—Nicolá Zérola, tenor dramático.



FABREGAS.—Luigi Lucenti, bajo.



FABREGAS.—Vincenzo Ardito, baritono.